

La Transición española a la democracia ayer y hoy

Memoria cultural, historiografía
y política

Gonzalo Pasamar

GONZALO PASAMAR

**LA TRANSICIÓN
ESPAÑOLA
A LA DEMOCRACIA
AYER Y HOY**

**Memoria cultural,
historiografía y política**

Marcial Pons Historia
2019

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO 1. SOBRE LA «HISTORIA INMEDIATA» DE LA TRANSICIÓN.....	17
Sobre el concepto de «historia inmediata».....	19
Los relatos de la reforma.....	23
Las crónicas del desencanto.....	34
Cómo contaron la crisis de UCD.....	46
Las disyuntivas del PSOE y el PCE en caliente.....	52
Los discursos de la ruptura.....	58
CAPÍTULO 2. LA TRANSICIÓN ESPEJO DE LA CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA.....	69
El nacimiento de la conmemoración y la añoranza.....	74
De la nostalgia a la defensa activa pasando por la «musealización»....	91
El «paradigma transicional», posibilidades y límites.....	109
CAPÍTULO 3. LA IMAGEN DE ESPAÑA, LOS HISPANISTAS Y LA TRANSICIÓN.....	119
España en el centro de la atención internacional.....	123
Una publicística foránea.....	132
Miradas externas.....	141
CAPÍTULO 4. PRETÉRITO IMPERFECTO: PESIMISMO Y NEGACIONISMO.....	155
De la decepción a la crispación.....	157
Discurso republicano y teoría del fraude.....	170

	<u>Pág.</u>
El olvido culpable y la transición incompleta	184
El «paradigma postfranquista» desde la derecha.....	199
La crisis de 2008 y la imagen de la Transición.....	208
CAPÍTULO 5. LOS LADOS OSCUROS DE LA TRANSICIÓN.....	219
El 23-F a debate historiográfico.....	222
Transición violenta y conspiración internacional.....	252
CAPÍTULO 6. LA TRANSICIÓN EN LA NOVELÍSTICA	259
Nostalgia, catastrofismo y sátira en el relato coetáneo.....	264
Novela negra, memoria cercana.....	273
Memoria e imaginación histórica: los noventa como eje.....	295
<i>Víctimas y verdugos: la literatura sobre ETA.....</i>	<i>295</i>
<i>Nostalgia, militancia y desencanto</i>	<i>301</i>
<i>Algunas novelas de género</i>	<i>308</i>
<i>Sagas familiares</i>	<i>313</i>
<i>El 23-F, ¿la novela ausente?.....</i>	<i>319</i>
La novela sobre la Transición en la época actual	325
<i>Lo que queda del thriller</i>	<i>325</i>
<i>Cultivar el escepticismo y reflexionar sobre el recuerdo</i>	<i>332</i>
<i>La mirada del niño</i>	<i>336</i>
CAPÍTULO 7. ¿QUÉ ESTÁN APORTANDO LOS HISTORIADO-	
RES ESPAÑOLES AL ESTUDIO DE LA TRANSICIÓN?	339
El paradigma del «tiempo presente».....	341
La Transición, un campo a disposición de los historiadores	345
Hacia un enfoque totalizador.....	350
¿Cómo afecta a los historiadores el revisionismo reciente?	362
BIBLIOGRAFÍA	371
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	403

INTRODUCCIÓN

La Transición a la democracia es hoy parte esencial de la identidad política y del acervo cultural de los españoles y constituye, además, un campo de investigación para los estudiosos. Desde que tuvo lugar no ha dejado de escribirse sobre ella o de mostrar interés, y esto viene ocurriendo tanto dentro como fuera de España. Desde entonces hasta ahora se han detenido en este acontecimiento histórico una verdadera legión de periodistas, políticos y testigos diversos, corresponsales extranjeros, hispanistas, expertos en derecho e investigadores sociales, literatos, artistas, profesores, historiadores, instituciones y asociaciones. Unos han contado sus experiencias personales y los avatares del hecho; otros han estudiado sus componentes, lo han contextualizado e interpretado y definido en términos teóricos; otros lo han integrado en el currículo escolar, relacionado con la actualidad, han opinado sobre su trascendencia histórica, conmemorado y creado una memoria archivística. Incluso ha sido retratado a través de la instantánea y el documental, y convertido en materia de ficción en la literatura, el cine y el teatro.

Este complejo desarrollo político y cultural, que se prolonga durante más de cuatro décadas, hace que no se pueda obtener una fotografía fija del acontecimiento transicional y/o que cualquier valoración como tal corra el riesgo de la simplificación. Se puede hablar en realidad de relatos, opiniones, interpretaciones históricas, memorias y representaciones en general, pero siempre en plural —aunque esto no quiere decir que todas ellas tengan la misma calidad hermenéutica y que no sea obligación de los estudiosos discutir los mejores criterios de su investigación—. Además, a un fenómeno de des-

pliegue y variedad de representaciones de esta magnitud se le puede —es obligado— someter a cierta periodización para estudiar los factores que han contribuido a su complejidad con el paso del tiempo. Estamos, en suma, ante lo que los especialistas llaman un proceso de «historización» o de desarrollo de una memoria cultural, que los historiadores, pese a todo lo que han publicado sobre el tema, solo ahora comienzan a estudiar. No es casual que sea en los últimos tiempos cuando se han decidido a hacerlo. El incremento, en las dos últimas décadas, del uso político del pasado reciente entendido como arma de confrontación y, en la última década, de un pesimismo político, e incluso negacionismo, sobre aquellos acontecimientos, antes puramente testimonial pero que hoy pone en duda décadas de estudios jurídicos, sociales e históricos y crea desconfianza entre los ciudadanos —y es a su vez reflejo de esa desconfianza—, les ha incitado sin duda a ello.

El presente libro, como contribución a esta clase de estudios, persigue un triple objetivo: primero, el examen de las interpretaciones y de los usos públicos de la Transición y de sus claves, dando cuenta tanto de sus discursos optimistas como de sus relatos pesimistas desde los llamados «años del desencanto» (1979-1982) hasta la coyuntura actual (2008-2018); el segundo, el de mostrar cuáles han sido los soportes culturales más importantes que han dado cobijo a esa clase de representaciones desde los primeros momentos en los que comienza a narrarse la Transición (1976) hasta la actualidad: el ensayo político, los libros de memorias, las obras de historia de carácter mediático, las novelas, los documentales, las exposiciones, las investigaciones históricas, etc.; y el tercero, pero no menos importante, el presentar una historia de la historiografía del tema que estudie las interpretaciones históricas como tales: sus supuestos políticos, influencias intelectuales, rigor científico, respuestas, lagunas y orientaciones de futuro, tanto las de periodistas como, sobre todo, las que han confeccionado los historiadores profesionales en las dos últimas décadas y media.

El origen de esta investigación data de los años 2012 a 2014, y ha ido engrosándose hasta hoy, cuando ha quedado integrada en el proyecto de I+D+i «Dictaduras y democracias en el siglo xx: un estudio comparado de Grecia, Portugal y España» (HAR2015-64348-P). Por aquel entonces, la dirección de otro estudio sobre la memoria de la Guerra Civil durante la Transición me puso en contacto con una va-

riedad de interpretaciones de esta última cuyos orígenes comenzaron a intrigarme. También me encontré ante toda clase de simplificaciones, pero que cumplían la imprescindible función de permitir la polémica entre especialistas o en el ámbito de la opinión pública. Para un estudioso de la historia de la historiografía, que es mi caso, el reto de investigar ese abigarramiento y sus transformaciones a lo largo del tiempo era difícil de resistir. No solo no me resistí, sino que decidí que el resultado no fuese un simple repaso de corrientes y discursos. Con un tema como el citado, no es posible tratar todas las narrativas y usos como si lo único que contase fuese el punto de vista desde el que están escritos. De ahí que, aunque planteado con el máximo respeto, el libro tiene un inevitable punto de polémica que espero nadie tome como cosa personal. En realidad, si el libro puede aportar algo, creo que es el armazón interpretativo que viene desarrollado a lo largo de sus siete capítulos.

He comenzado por desempolvar una vieja noción como la de «historia inmediata», término de origen periodístico que nació en Francia en los años sesenta y setenta del siglo pasado para hacer referencia al análisis y a la crónica de los acontecimientos cercanos, pero también a la investigación social coetánea. El término por supuesto ha evolucionado hasta llegar a tener un alcance muy parecido al hoy más utilizado de «historia del presente». Pero yo he querido partir de su significado originario para sugerir que, a partir de 1976, existió también una «historia inmediata de la Transición» que revela el modo en que los contemporáneos comenzaron a percibir aquellos acontecimientos; una historia compuesta de *historias* propiamente dichas, crónicas, libros de memorias, ensayos políticos, biografías e investigaciones sociales, que se sustentó en la estrecha relación existente entre el mundo de la prensa, la política y la cultura. Esta clase de mirada basada en la urgencia y la inmediatez es de obligado estudio porque, además de reflejar algunas polémicas que se han venido arrastrando desde entonces (por ejemplo, hasta qué punto la Transición tuvo «un motor del cambio» como denominó José María de Areilza a don Juan Carlos en 1976, o hasta qué extremo el desencanto procedió de una supuesta desmovilización social a lo largo de 1977), en términos generales lo que muestra es el componente de imprevisibilidad que tuvieron los acontecimientos y el origen de algunas interpretaciones que la han considerado dotada de «hoja de ruta». Este es el tema que abordo en el capítulo 1.

La historia inmediata, entendida en el sentido comentado, tiene numerosas limitaciones y ni siquiera puede presumir de unos límites claros. Pero, una vez examinada, lo que importa no son sus demarcaciones, sino los componentes que se le van añadiendo con el paso del tiempo y que pueden llegar a sustituirla. La lista puede incluir miradas más añorantes y conmemorativas, disminución de la urgencia informativa y ensayística de ciertos temas, mayor acento retrospectivo en lo planificado y menor en lo improvisado —aunque eso no significa que esté ausente este último factor—, impulso a la conceptualización sociológica y politológica, usos directamente políticos e incluso «musealización» y creación de una memoria archivística. Estamos, en suma, ante percepciones de la Transición que comienzan a convertirse en una manera de representar o legitimar la consolidación democrática, o en un espejo de ella, y que llegan hasta hoy. Este proceso que va de la nostalgia a la defensa activa pasando por la conmemoración y reivindicación política, y al que algunos autores se refieren con el confuso término de «la transición modélica», es parte de una memoria cultural de la democracia española que viene desarrollándose en las últimas décadas. En el capítulo 2 hago un estudio tentativo de ella.

Pero la Transición española ha tenido una dimensión internacional decisiva, y no solo porque haya sido una de las primeras transiciones a la democracia de esa «tercera ola» de la que han hablado los especialistas, o porque España ocupase en los setenta una singular posición geoestratégica. La importancia internacional de la Transición guarda también una estrecha relación con la imagen secular de España y de sus cambios a lo largo del tiempo, y con la corriente que los ha interpretado: el hispanismo. En el capítulo 3 defiendo que las miradas externas son fundamentales para calibrar la historia de la Transición porque, pese a que simpatizan con la cultura española y no son neutrales, al ser foráneas carecen de los lastres de las nostalgias políticas y tienden a relativizar los sentimientos de identidad, que en ocasiones dificultan el estudio del tema y acaban idealizándolo. Sostengo que la Transición española fue un fenómeno muy atendido en la prensa extranjera entre 1975 y 1977, pero que después de esa fecha el apagamiento de tal interés, excepción hecha del impacto del 23-F, es el principal factor que llevó a los hispanistas a sostenerlo de nuevo y profundizarlo a partir de 1978. Su empeño en narrar las vicisitudes de aquel periodo es anterior al que manifesta-

ron los historiadores españoles y les sirvió de guía a estos. Pero para entender ese interés es necesario examinar con antelación de qué modo la Transición trajo un cambio en la imagen tradicional de España (la España romántica), que databa del siglo XIX pero que había cobrado fuerza con la Guerra Civil.

Las narrativas pesimistas y negacionistas también son otro componente de la memoria cultural de la democracia española. En el capítulo 4 realizo un estudio de ellas. Allí defiendo que su verdadero origen se halla en los años noventa del siglo XX, durante la llamada «legislatura de la crispación» (1993-1996), pese a que algunas hunden sus raíces en los años del desencanto. Durante aquella etapa habrían cristalizado un desencanto y una crítica hacia el gobierno socialista, que databan de la segunda mitad de los ochenta, entre periodistas, intelectuales y políticos retirados y en activo, que fueron propiciadores de una mirada nostálgica hacia la Transición (lo que invitaba a proponer una «segunda transición»), pero también de una creciente oposición al proceso de consolidación democrática liderado por el PSOE, al que se acusó de haber desvirtuado los valores de aquellos años (el «felipismo»). A resultas de este proceso, en las elecciones de 1993 y 1996, se habría desarrollado un uso político de la Transición entre los dos partidos mayoritarios y entre numerosos periodistas, con mutuas descalificaciones («felipismo» *versus* «franquismo»), y a la postre un rosario de interpretaciones negativas que resucitaban las de la época del desencanto y creaban otras nuevas: la idea de la Transición como «traición a la República», «el juancarlisto» —entendida esta expresión en sentido negativo—, la tesis de la democracia de «baja calidad», la de la «desmemoria colectiva», la tesis de «Franco actor oculto de la Transición», etc. El capítulo concluye intentando responder a la pregunta de hasta qué punto la crisis de 2008 ha dado alas a esta clase de discursos.

En estos avatares de la memoria de la Transición es necesario singularizar un ámbito, también nacido en los noventa, que se dedica a bucear en lo que algunos autores han llamado «las cloacas de la Transición» y yo he preferido denominar en el capítulo 5 «los lados oscuros». Incluye ensayos e investigaciones tan diversos como los relativos a las tramas negras o grupos de ultraderecha y su connivencia con determinados aparatos del Estado en la lucha antiterrorista o en la represión de manifestaciones obreras y estudiantiles, la influencia o la presión de sectores militares, las conspiraciones golpistas, las tramas

civiles, el papel del espionaje español y la presencia de los servicios secretos norteamericanos. Estamos ante un terreno pródigo en visiones «conspiranoicas». Una de sus características más interesantes es cómo ha contribuido a enmarañar y cubrir de rumores el debate sobre el 23-F y hasta qué punto ha creado una imagen revisionista que ha tendido a relativizar las responsabilidades de los condenados en el llamado Juicio Campamento que tuvo lugar en 1982.

En un estudio de la memoria cultural de la Transición no podía faltar la novelística que se ha inspirado en ella. En el capítulo 6 examino cerca de ochenta novelas, de diversos subgéneros y temas, publicadas entre 1976 y el momento actual. Las menciones al cine solo las he introducido de manera esporádica, y por no hacer más denso el texto. El objetivo de este capítulo es mostrar de qué modo esos autores han sabido representar la memoria cercana durante los años setenta y ochenta, pero también cómo han sido capaces de representar la Transición a partir de los años noventa a través de nuevos temas, entre los que se han hecho inevitables, como ha ocurrido en otros ámbitos, las visiones descreídas y negacionistas. Resulta también curioso comprobar a través de la novela cómo muchos de los planteamientos que se han considerado novedosos en los últimos tiempos (la idea de la transición violenta, la de la transición en la calle, etc.), ya habían sido tenidos en cuenta mucho antes entre los cultivadores del género.

El libro concluye con el capítulo 7, dedicado a los historiadores y la historiografía profesionales, a la que algunos estudiosos de las memorias llaman con el equívoco término de «la memoria erudita». El estudio de la Transición española de parte de aquellos se ha generalizado a partir de los años noventa del siglo pasado, y lo ha hecho gracias a dos circunstancias: por un lado, la introducción de cambios epistemológicos en la propia disciplina histórica y, por otro, la percepción del proceso de consolidación democrática como fenómeno irreversible, esto es, cierto distanciamiento temporal que ha permitido examinar las complejidades de aquellos años. La hipótesis que aquí sostengo es que los historiadores, con sus estudios, han sido capaces de ir más allá de la labor de periodistas, politólogos y sociólogos, se han servido de sus conclusiones, las han rectificado, y se han hecho hoy imprescindibles. Sin embargo, también se enfrentan a desafíos derivados de la diversificación de narrativas e introducción de discursos pesimistas, así como al reto de dar a conocer mejor sus trabajos, lo que abre interrogantes sobre su verdadera influencia.

El presente trabajo es un estudio de memoria cultural, usos públicos e historiografía de la Transición española redactado entre 2016 y 2018 con algún dato puntual de 2019 introducido en el proceso de revisión del texto. Entre 2014 y 2019 he venido publicando algunos estudios que adelantan algunas conclusiones, pero que requieren ser remendados o pueden ser matizados. Pese a ello y salvo las obligaciones académicas imprescindibles, todos mis esfuerzos los he dedicado a la preparación de este libro, que —debo confesarlo— ha quedado todavía lejos de mis expectativas y tiene el carácter de investigación abierta. He recibido materiales de estudio, libros e incluso invitaciones a congresos de profesores, amigos y estudiantes. Y con todos ellos tengo una deuda que no creo que esta mención genérica pueda satisfacer. Pero no quiero pasar por alto agradecimientos más específicos. Mi familia —Palmira, Silvia, Iris y Rubén— ha tenido que soportar mis etapas de enclaustramiento. No puedo calcular el número de veces que he comentado a Palmira mis ideas para obtener una crítica de primera mano mientras redactaba el libro. Muchas visitas a la Biblioteca de Aragón y a otras bibliotecas de la comunidad autónoma me las evitó Iris gestionándome el préstamo de un número de libros del que perdí la cuenta hace tiempo. Roberto Ceamanos e Israel Sanmartín, compañeros y amigos con quienes trabajo de manera habitual en la revista *Historiografías*, me han estado preguntando con frecuencia por mi trabajo, lo que es muy alentador; y Gema Martínez de Espronceda, con su extraordinaria generosidad, se leyó una versión del capítulo sobre la novelística, la parte del estudio que me provocaba más dudas. Este libro se lo dedico a todos ellos.